

# CONCLUSIONES INCONCLUSAS (DE UNA EXPERIENCIA DE SUPERVISIÓN)

*Lic. Marco Antonio Negrón*

Al intentar representar un material clínico o una experiencia analítica transcurrido un tiempo largo luego de su término abrupto, en demanda institucional de una supervisión, e intentar plasmarla explícitamente de modo más o menos comprensible, no puede menos que aparecer las más variadas formas de *resistencia*. Término olvidado por cierta parte del psicoanálisis contemporáneo, cada vez más obsesionado con el cuidado del otro, que nos representa un universo amenazante únicamente del exterior; como si la realidad psíquica y sus fantasías inconscientes (parricidas e incestuosas) no tuvieran ningún efecto “real” sobre la experiencia: finalmente hemos instalado pacientes en lugar de sujetos, en un mundo de seres sobreprotegidos, inadaptados y autistas. Entonces me propongo a responder a la pregunta: ¿qué significa supervisar? o bien, y más adecuado aun: ¿qué es una supervisión?

Aunque en apariencia son similares, ambas preguntas son de naturaleza distinta. Mientras una apunta a la práctica de la supervisión psicoanalítica propiamente tal, la segunda sería más bien una abstracción formal a la que solo puede haber una aproximación carente de toda pretensión práctica de universalidad. Pues *supervisar* en el ámbito psicoanalítico del análisis significa otra cosa aun muy nebulosa. No se trata, por

cierto, de cualquier clase de observancia y los aspectos distintivos de la relación cobran relevancia a la luz de los principios psicoanalíticos de su práctica. No se puede desmentir entonces la influencia recíproca de lo inconsciente que se pone de manifiesto en múltiples formas de dicha relación. Por supuesto, de lo inconsciente y sus vicisitudes, es decir de una lógica que escapa a la observación, como la escucha psicoanalítica se distancia de la mirada médica. Se pone de manifiesto la incidencia de los sentidos, del sentir y percibir, más allá de la instrumentalización de la reconstrucción histórica o el hablar del otro. En dicho sentido una supervisión en su comprensión amplia no es más que “la acción o el efecto de supervisar”, del *ver* la actividad ajena. Pero en psicoanálisis no se trata del ejercicio de “inspección superior en el trabajos realizados por otro”. Tampoco es la puesta en acto de un beneplácito, y mucho menos el establecimiento de una guía de acción en casos de emergencia (o en todos los casos, o en el tan difundido “caso por caso”). Así, dicho “examen” ejercido sobre el trabajo de otro puede o no corresponderse con el significado, menos neutral, de lo que significa supervisar o bien “ser-supervisado” en lo particular de nuestra práctica clínica íntima.

Será acaso que lo íntimo cobra valor supremo sobre lo práctico; o bien será que en la disolución aparente de reglas que regulen nuestra práctica está todo permitido en nuestra clínica. La respuesta que ofrezco no es relativista, no aspiro ni pregono a un *laissez faire* psicoanalítico. Por el contrario aspiro a ubicar una ética del *ser-supervisado* que agite las aguas. De modo que “ser-supervisado” no es una experiencia educativa, aunque aprender sea un efecto contenido en la experiencia. Es ante todo una experiencia de *transferencia* donde no se sabe

qué se *aprehende* más que por una transformación inadvertida de una práctica, como el boxeador que en soledad adiestra las piernas para golpear a su oponente con las manos en un momento imprevisto. Del mismo modo, lo aprehendido no se re-transmite más que de forma inesperada en un lugar inadvertido y en formas insospechadas, irreconocibles. De ahí que el psicoanálisis sea más que un saber formal, es ante todo la práctica de un saber sensible, de los que se desprende su poder de efecto curativo. Así, podremos suponer que los efectos de una práctica como la supervisión sólo tiene efectos “con posterioridad”, en la medida misma que lo inconsciente tiene su propia temporalidad que excede los tiempos de la racionalidad. Pues solo con la distancia necesaria se puede *ver* con claridad un panorama cotidiano. De ahí, podríamos sospechar que Freud propusiera en sus “Consejos al médico” no tomar apuntes durante las sesiones sino más bien una vez terminado el día. Estimando que opera en una y en otra el mismo principio psicoanalítico: su elaboración psíquica ocurre a posteriori –una vez terminada la sesión, en un esfuerzo por recordar y el surgimiento espontáneo de representaciones decisivas.

Se tiene, así mismo, la impresión de que una supervisión clínica de la práctica psicoanalítica debería responder a los principios de la cura, y por tanto tender a la resolución de conflictos psíquicos del paciente toda vez que sostiene al dispositivo. Luego de reflexionar al respecto la conclusión parece ser una sola: la supervisión no tiene como horizonte de significación la salud del paciente, sino más bien revelar las dificultades que se presentan en el proceso de curación, o bien de análisis. Aunque hoy sea posible encontrarnos con

una suerte de *furor supervidere* o incluso *furor vigilare*, habrá que reconocer ante todo y al final que no existe supervisión exitosa en dichos términos sino más bien exitosa por tanto en el hecho de experimentar las trabazones de un proceso que está fundamentalmente determinado por las resistencias del analista, su escucha y su voz. Donde nada o poco tiene que ver el paciente, por más que este sea el objeto *suplementario* de la práctica misma de la supervisión. Suele haber, del mismo modo, una serie de experiencias comunicadas tendientes a curar y describir los pasos de una supuesta cura, donde el supervisor hace las veces de un analista terciario, subsidiario y hasta parasitario de una experiencia ajena de análisis, que se hace presente por medio de indicaciones particulares. Afortunadamente no ha sido mi caso, y estas líneas que se siguen no son sino el efecto que propicia la relación con una supervisión que se distancia del bien decir moral, del bendito sentido común, tan aproximado a nuestros diálogos psicoanalíticos contemporáneos.

Lo que hasta hoy, y aun hoy mismo, se refleja en el acto del ser-supervisado no son más que las trabazones del ser-sujeto de lo inconsciente, del ser-humano que vuelve reconocible la dificultad y distancia de la persona por sobre las del analista. Como si este ser se impusiera en una labor que requiere su suspensión. Arribando así a la conclusión trágica para el analista, de la presencia y su ausencia, de su ser-persona y su ser-analista. En este sentido gran parte del ser-supervisado despierta los fantasmas de la persona, las angustias, la propia paranoia y reparos *superyoicos*. La experiencia de fracaso se hizo presente, convirtiéndose en la mayor dificultad el deshacerse de las propias pretensiones de salubridad. La experiencia

de supervisión refleja inequívocamente la carencia del ser-analista, está determinada por este principio básico, refleja la inexperiencia práctica, la ineptitud y la inadecuación; en este sentido constituye un pasaje difícil de sobrellevar. Ese diálogo con otro de mayor experiencia despierta la fascinación pues, como se ha dicho antes, no refleja el acontecer analítico ni el habla de ese sujeto llamado paciente, sino una relación de escucha; la escucha puesta en acto por sobre el habla. Lo que escucha uno y otro, cada palabra, cada gesto, cada silencio y pausa. No se trata de qué decir o hacer, ni cómo interpretar o intervenir sino únicamente de cómo escuchar a otro que espera del analista nada más que su escucha. Es por esto que la supervisión fracasa siempre, porque no hay forma de evidenciar su acción, no hay palabras que las colmen y si las hubiera se restringen estas a esa abstracción, esa pura puesta en palabras vacías de lo que se espera que sea cada uno de estos actos. Por el contrario, no sé decir qué aprendí de este proceso, por más que pueda reconocer mis dificultades. No sé decir qué sé ahora del análisis que no supe antes, y como efecto subsidiario de nuestra práctica tampoco soy el indicado para valorar dicha experiencia, por el contrario, la sabrán apreciar los pacientes por venir. Como en el análisis del analista, y en realidad como cualquier análisis bien llevado, no se sabe cómo opera, solo disponemos de los efectos que deja en el ser-analista que se instala para escuchar psicoanalíticamente a otro que habla sin saber lo que dice, y por sobre todo sin saber cómo le afectan sus propias palabras. Es ante todo una experiencia de incertidumbres, de fallos e insuficiencia, la caída precipitada de los ideales analíticos de los que tanto escribimos.